

grito de indefinible angustia había subido hasta el excelso trono de María. Oí en esto resonar pausadamente en lontananza el eco de una campana; tocaban á las *Ave-Marías*, á las doce del día. Me postré, y uní mi plegaria á las que en aquella hora dirigía á María la multitud de fieles de diversas lenguas y diferentes países.

Cuando me levanté, pude observar que habíase asomado furtivamente una lágrima al borde de mis ojos. La respuesta del cielo no se hizo esperar.

Y estas páginas, querido lector, te lo explicarán en seguida. Léelas, pues, y júzgalas despues.

CAPÍTULO V.

EL PRIMER ENSAYO.

Entónces fué cuando yo tomé la irrevocable determinacion de promover con todo el ardor de mi corazon y con todas las fuerzas de mi alma por todo este valle de desolacion, á donde una especial providencia de Dios dirigiera mis pasos, la salvadora y tan encarecidamente por la Iglesia recomendada devocion del Santo Rosario de María. Pero ¿cómo podía yo llevar á cabo mi santa resolucion? ¿Cómo realizar mi designio? ¿Cómo llegar á enseñar el santo Rosario á gentes que vivían diseminadas en cabañas y miserables viviendas desparramadas por los campos, y

sin haber un lugar á propósito donde reunir las por algunas horas, siquiera los Domingos?

No me quedaba otro medio que el de ir casa por casa distribuyendo medallas y rosarios. El regalo era bien justo, y hasta deseado con avidez, porque siendo de metal las medallas, parecían por su brillo ser de algun valor. Pero ¿qué resultado podía yo esperar de la gratuita distribucion de estos piadosos objetos entre gentes que eran muy contadas las personas que supiesen rezar el Ave María?

Me ocurrió, pues, otra idea: advertí que estos pobres y rústicos habitantes profesaban, en medio de toda su rusticidad é ignorancia, un culto especial y unos sentimientos de la más acendrada piedad y del más profundo respeto hácia los difuntos. Quejábanse, en efecto, amargamente de que los cadáveres de sus queridos finados fuesen conducidos á su última morada como si fuesen unos despojos de animales que hubiesen muerto en el camino, sin el acompañamiento de alguna piadosa asociacion que rezara las preces fúnebres en sufragio del difunto, como habían visto, con edificacion suya, se hacía en otras partes: lamentábanse de que no se dedicase á sus difuntos siquiera un recuerdo aniversario, que perpetuase en los nietos la memoria de sus antepasados.

Ante una piedad tan acendrada, tan cordial en obsequio de los difuntos, ocurrióme, pues, que podría valerme, con grande provecho para mi propaganda, de tan noble y religioso sentimiento.

Hé aquí, dije para mí, hé aquí el sentimiento innato, grabado hasta en los corazones más rudos, de la inmortalidad del alma. El hombre no puede resignarse á la fatal suerte de su eterno aniquilamiento.

La piedad para con los difuntos, la memoria que de ellos se quiere perpetuar en sus descendientes, las preces y sufragios por ellos, son ciertamente hermosas é indiscutibles manifestaciones del sentimiento de inmortalidad, grabado hasta en los corazones de los más zafios é ignorantes por la diestra del Eterno, que crió al hombre á su imágen y semejanza.

Me esperancé entónces, pensando que me sería más fácil reunir á los desparramados habitantes de esta vega por un objeto hácia el que se sentían ellos tan propensos, por ser muy conforme con su innata piédad y con sus costumbres.

Pensé, por lo tanto, que el camino más breve para salir con la mía, sería cautivar me los ánimos y los corazones de todos instituyendo entre ellos una pía Cofradía, cuyo principal objeto fuese acompañar con edificante religiosidad los cadáveres de sus vecinos difuntos á su última

morada, darles cristiana sepultura y sufragar sus ánimas con el rezo frecuente del santo Rosario. Hasta ahora todo vá bien; mas hé aquí que nos sale al encuentro la constante dificultad, que no sabía yo como vencerla, la falta de un local á propósito: no había donde pudiera establecerse la susodicha hermandad.

Uno de los más bellos y deliciosos dias de la segunda mitad del apacible Octubre, convidaba á respirar las templadas brisas del campo; y yo, encontrándome solo, y á fin de librarme del consiguiente aburrimiento y disfrutar de tan delicioso tiempo, tomé mi escopeta y salí de caza.

Debajo de aquellos frondosos y erguidos chopos cuya prolongada y vistosa hilera guarnece, por la parte del polvorin de Scafati, el rio Sarno, encontré á un jóven cazador, cuya simpática figura y afabilidad fueron parte de la sincera amistad que despues nos unió constantemente.

Alegréme sobremanera al saber que era sacerdote: y en la amistosa conversacion que trabamos, descubrí en él no tan solo á un hombre de superior talento, sino tambien, lo que me llamó más la atencion, á un hombre tan franco, que sin conocerme y sin tener más antecedentes de mis propósitos, se mostraba, sin el menor recelo ni desconfianza, muy propenso y dispuesto á secundarme, con todo su valer, para llevarlos á

efecto. Fué muy providencial este feliz encuentro. Y es que, cuando el hombre procede en sus empresas con recta intencion, sin otras miras que las de dar gloria á Dios, promoviendo eficazmente la santificacion de nuestra propia alma y de las de nuestros prójimos, le asiste propicia —aun por medios extraordinarios—su especial y amorosa providencia. Así únicamente puede explicarse el que tan inesperadamente, y en un lugar en que ni en sueños podía parar mientes, me hallase con un sacerdote que había de ser mi más constante amigo y fiel compañero en la ejecucion de la grandiosa obra que Dios, en sus inescrutables designios, destinara se llevase aquí á efecto para glorificar más y más á su Santísima Madre. Era natural del Valle el sacerdote, y llamábase Jenaro Federico.

Un lazo de verdadera amistad nos unió felizmente á entrambos desde aquel venturoso instante.

Marchando juntos conversando con la mayor cordialidad, le manifesté mi proyecto de establecer en esta abandonada aldea y entre estos rústicos campesinos, la Cofradía de nuestra Señora del Rosario, para que uniendo á todos el vínculo de cristiana fraternidad, tan encomendado por el gran Apóstol de las gentes, é inspirándose todos en unos mismos sentimientos,

conocieran la excelencia y el mérito incomparables de la devocion del santo Rosario, su maravillosa eficacia para la reforma de las costumbres, su soberana virtud para enfervorizar los espíritus tibios y para mantener en la sociedad el espíritu cristiano y una vez conocida esta soberana excelencia del Rosario, se aficionasen á él, lo estimasen, lo apreciaran, lo considerasen celestial, acepto á Dios, gratísimo á la Madre de misericordia, y penetrados de estos sentimientos sus corazones, se diesen á rezarlo con fervor; para que mutuamente se asistiesen y se auxiliasen en sus enfermedades y demás necesidades corporales, para que procurasen facilitar los casamientos de las doncellas pobres, y por último, para que acompañasen á los cadáveres de los cofrades difuntos á su última morada, y les diesen cristiana sepultura.

—*Es muy difícil*, me respondió, *porque estos campesinos ya no tienen confianza en esas prácticas.*

No me desanimó tan desconsoladora respuesta; antes bien, quise preguntarle sobre sus usos y costumbres. Me hizo la más amplia y minuciosa relacion de todas; me informó, en especial, de sus fiestas populares, de sus bacanales, de sus juegos y diversiones, y de su particular aficion á las rifas, á las cuales acudían todas las mujeres

de todos estos contornos, deseosas de que les cupiese en suerte algun anillo de oro ó bien algun par de pendientes.

Me alegré grandemente de esta última noticia, y congratulándome conmigo mismo por haber dado con el resorte que, con facilidad suma, atraería á todas estas gentes y las reuniría en el punto que yo designase, dije para mí: He aquí mi primer expediente: Haré una gran *tómbola*, y por premio distribuiré rosarios, medallas, imágenes y estampas de la Virgen. De este modo muy en breve cada cual tendrá su rosario, y todas las casas podrán ostentar en lugar preeminente la devota y venerable efigie de nuestra Señora del Rosario.

Con esta persuasion, y ante tan risueña perspectiva que yo me figuraba, preparé una modesta lotería para la festividad del Smo. Rosario, que en el mes de Octubre del año siguiente deseaba yo se celebrara aquí con cierta pompa exterior, que cautivase dulcemente los corazones de estos pobres labradores. Pensaba, en efecto, sería muy á propósito, siquiera para grabar en sus rústicos corazones poco dispuestos aún para cosas más espirituales el nombre del *Rosario*, el título de la *Virgen del Rosario*, y unir á las funciones religiosas, al panegírico y demás actos religiosos, los fuegos artificiales, las diversiones

populares y loterías, y por estos medios, á los que eran de suyo aficionados, acostumbrarlos á la práctica de la religion, y hacerles gustar sus inefables dulzuras. Al efecto, propuse solemnizar por vez primera en el Valle de Pompeya, la festividad de la Virgen del Rosario el año siguiente de 1873.

§ I.—En Octubre de 1873, se solemniza, por vez primera en Pompeya, la fiesta del Santísimo Rosario.

He aquí los primeros preparativos.

Cuando volví á Nápoles, comencé á mendigar de algunas piadosas señoras conocidas mias, medallas, rosarios, imágenes y estampas de Santos, escapularios, etc. Secundando generosamente mis deseos, proveyéronme con largueza las señoras, Baronesa de Castro de Rosa, la Duquesa de Traetto, Doña Catalina Volpicelli y Doña Rafaela Piria. Al generoso regalo de estas piadosas señoras, añadí los que yo mismo había comprado, y con tan rica provision de preciosos talismanes, me dirigí en el Octubre siguiente, que fué el de 1873, á mi nueva tierra.

Otras dos ideas brillaron en mi mente, mientras estaba yo ocupado en mis preparativos, que me parecieron dignas de atencion. Había podido observar, durante mi excursion por

estas tierras, con gran sentimiento de mi corazón, que eran muy pocas las familias que tuviesen en su pobre alcoba la efigie de nuestro soberano Salvador, Jesus crucificado, como quiera que solo con motivo de sus bodas, tenfan por costumbre hacerse con el divino retrato. Salvo un caso tan solemne, nadie se cuidaba de colocar á la cabecera de su pobre lecho la imágen, tan consoladora para un corazón cristiano, de nuestro misericordiosísimo Salvador, Jesus crucificado. ¿Pero qué digo el retrato de Aquél que es todo nuestro bien, de quien únicamente nos es dado esperar nuestra eterna salvación? ni siquiera la más tosca señal del lábaro santo de nuestra redención se echaba de ver en sus musgosas cabañas. ¡Tan grande era el olvido en que vivían de la práctica de la religion!

Para que desapareciese, pues, del hogar cristiano tan perniciosa costumbre, ó mejor dicho, tan funesto descuido, compré unos cuantos centenares de crucifijos para ponerlos en la cabecera de sus lechos.

Era la otra, que la fiesta en proyecto no fuese á manera de los fuegos artificiales, que brillan en un momento para deleite de los sentidos, y luego dejan de ser.

Una parte principal de la fiesta había de consistir en una lotería en la que pudiesen tomar

parte, por solos cinco céntimos, los aldeanos. Los cinco primeros premios habían de ser en objetos de oro napolitano, es decir, muy vistosos, de mucho brillo y apariencia, pero de poco valor: v. g. un anillo, un par de pendientes, un alfiler, etc., etc. Otros ochocientos premios quise fuesen en crucifijos, rosarios y cuadritos de la Santísima Virgen del Rosario. Dispuse, además, para mayor pompa exterior y para que la fiesta religiosa tuviese más atractivos respecto de este pueblo, fuegos artificiales y otras diversiones populares; y para dar á éstas mayor solemnidad, hice venir la música de Paganí.

En cuanto á la función religiosa, consistió en una Misa cantada por el Rdo. párroco D. Juan Cirillo —q. D. h.— y un hermoso sermón, adaptado al objeto que yo me había propuesto, es decir, sobre las excelencias del santo Rosario, predicado por mi amigo y confesor el Rmo. P. Maestro Radante, á quien expresamente para esta primera función que se trataba de celebrar en la Pompeya cristiana, había invitado.

No había efigie que representase sensiblemente á los ojos de estos rústicos el objeto de nuestros cultos, y á falta de otra mejor, tomé la que tenía yo mismo en el testero de mi alcoba, y la expuse á la veneración de los fieles. Con tales

preparativos, esperé ansioso los primeros albores de la tercera Dominica de Octubre.

Gozoso estaba yo viendo llegar el venturoso momento en que la Madre de misericordia había de volver sus compasivos ojos, llenos de dulzura y benignidad, hácia esta inculta tierra; pero no había de tardar en surgir algun percance ó contratiempo que acabase de acibarar todo mi gozo, como efectivamente sucedió. Un temporal huracanado dió al traste con todas nuestras esperanzas. Lluvias torrenciales, con espantosos truenos y frecuentes descargas eléctricas, impidieron que acudiesen el pueblo y la banda de música á la parroquia, y á los que acudieron antes, como los sacerdotes y algunos amigos particulares, los obligaron, mal de su grado, á permanecer en la pobre y desmantelada iglesia.

Contrariado yo en mis designios por este infortunio, y algo desazonado al ver tan deslucida la fiesta ¡mal empezamos! dije; no son muy prósperos, que se diga, los principios; no parece sino que la Virgen no acepta lo que hago por la exaltacion de su nombre. Pero despues me tranquilicé, pensando que yo ya había hecho todo lo posible por la propagacion de la tan recomendada práctica de rezar el santo Rosario, segun mis fuerzas alcanzan. Yo no debo hacer otra cosa, me dije, que propagar la devocion al santo Rosario,

veremos si la Reina del Empíreo cumple su promesa hecha al primer apóstol de esta hermosa devocion, al ínclito y glorioso Santo Domingo de Guzman: que se hace acreedor á la eterna bienaventuranza quien promueve una devocion inspirada por el mismo Cielo para la salvacion del individuo y de la sociedad.

Mayor aún fué mi desconsuelo cuando, al oir el bellissimo y elocucnte sermon que predicó el antes mencionado religioso, advertí que este rústico auditorio, que, por el mal tiempo, era poco numeroso, acostumbrado solemnemente á su peculiar dialecto, en el que le oían predicar á su cura, muy poco pudo entender al nuevo orador. Así que me pareció había trabajado en vano: todo me pareció perdido.

§ II.—El mismo mes
del año siguiente 1874, se solemniza
otra vez en Pompeya la fiesta
del Rosario.

Para que los que dejasen de asistir á las funciones por causa del mal tiempo, como el año anterior sucedió, no quedasen sin algun recuerdo de la fiesta, me precaví esta vez, aleccionado por la experiencia, contra tan temible adversario, dejando á cada familia un devoto y caro

recuerdo, que consistió en un hermoso rosario y un bonito cuadro de la Virgen.

Y como iba ya acercándose el mes de Octubre, preparé otra lotería.

Cuando se quería convocar el pueblo para algun acto extraordinario, acostumbrábase por aquí hacer esta convocatoria por medio del pregon. Pero lo singular de esta costumbre consistía no en que se promulgasen los sucesos extraordinarios por este medio, sino en que fuese una mujer, de sonora y poderosa voz, la que había de pregonar por todos estos campos.

Ocho días antes de la fiesta mandé á esta mujer pregonera para que publicase la próxima fiesta del Rosario: y yo mismo fuí por todas las viviendas y cabañas, reuniendo limosnas de lo que más abundaba en la tierra, en cualquiera cantidad que fuese, es decir, en maiz y algodón, para festejar con la mayor solemnidad y pompa posibles el Santísimo Rosario de María. Iba de casa en casa convidando á todos á acudir solícitos ese día á la parroquia, y á tomar parte en los espectáculos que, con motivo de la fiesta, se darían, máxime en la gran lotería.

Con la venta del maiz y algodón, pensaba sacar dos ventajas: primeramente, aumentar el pequeño presupuesto que de mi peculio había

destinado para festejar tan grata solemnidad; y la otra, que era la principal y como el blanco al que iban dirigidos todos mis cuidados y desvelos, y que, por cierto, tuvo un éxito maravilloso, animar eficazmente á que, como interesados por el respectivo óbolo con que habían contribuido á la fiesta, tomasen parte con verdadero celo en ella. El resultado fué, que apenas faltó ni siquiera uno solo, y que la fiesta nos salió á las mil maravillas y lucidísima, quedando á la vez muy bien impresionados los campesinos, en especial por los sacrificios pecuniarios que yo hacía por segunda vez en provecho exclusivamente suyo.

Lo mismo que en el anterior, también este año me encontraba sin una efigie que dignamente representase á los fieles el objeto de sus más rendidos cultos. Procuré, pues, una litografiada, que representaba en su periferia bien dibujados los quince misterios del Rosario, y la coloqué bajo un dosel, contentándose también por esta vez nuestra divina Madre y soberana Reina del Rosario con recibir los humildes homenajes de amor, de respeto, de veneración y confianza filiales de sus devotos, por medio de tan mezquino cuadro de papel, el cual, en memoria de la hermosa fiesta celebrada, lo dejé en la pobrísima y ruinosa iglesia.

En esto iba pensando en que para suministrar el alimento espiritual proporcionado al grosero paladar de estos fieles, y para evitar, en lo posible, aquello del afligido profeta Jeremías: *parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis*; pidieron pan los párvulos, y no había quien pudiese dárselo desmenuzado; nadie sería más idóneo que su propio párroco, y le encargué á este predicase á sus feligreses un tríduo de sermones, esperando de su predicacion más copioso fruto que en la ocasion pasada.

Mas tampoco esta vez quedé del todo satisfecho, pues mi principal intento era inspirar á estos campesinos una entrañable y cordial devocion hácia el santo Rosario; y el orador, en vez de tomar por tema de sus sermones el santo Rosario, como primario y principal objeto que era de la fiesta, y predicar sobre sus excelencias, para, conocidas éstas, excitar en los corazones de sus oyentes amor y devocion hácia un objeto tan excelente y digno, siendo natural en el hombre el amar lo que se estima y aprecia, mucho más cuando se conocen la hermosura, la dignidad y la excelencia intrínsecas del objeto, les predicó sobre la tierna y afectuosa oracion de la Salve Regina.

Por lo demás, todo esta vez salió en grande: la rifa, los fuegos artificiales, las corridas, los

juegos, la salva de morteretes, en fin, todo estuvo á mi satisfacion, y colmó de júbilo á mi nuevo pueblo; el cual por cierto, como sucede siempre, se mostró en un principio algo desconfiado conmigo, temiendo tal vez no fuese uno de tantos como le explotan abusando grandemente de su ignorancia y buena fé; mas á vista de estas fiestas, que pudieron convencerle de que no solo no buscaba yo mi propio interés á costa suya, sino que sacrificaba mi peculio exclusivamente en su provecho, concluyó en fin por serme amigo sincero y afectuoso, y profesarme su amor y su cariño.

Todos estos festejos, empero, pasaban como pasa una gran avenida, sin fecundizar el terreno inundado: no se aprendía, con todas estas fiestas, á rezar el santo Rosario, y mucho menos era comprendida por este pueblo su soberana virtud santificativa.

Lo cual mucho me desconsoló, pero no me desalentó. El fin que yo me había propuesto, era propagar la devocion al santo Rosario; no podía, pues, contentarme con el resultado obtenido.

Despues de repartir los objetos de devocion que más se relacionaban con el fin que yo me propusiera, y siendo ya este gran pecador, para este pueblo objeto de su mayor confianza y respeto es decir, habiéndome ya granjeado las

simpatías de mi amado pueblo, consulté á los sacerdotes de toda mi confianza acerca del mediõ más á propósito para establecer y afirmar más y más, y de un modo duradero y con cierto carácter de perpetuidad, la devocion al santo Rosario, con tan felices principios inaugurada.

Todos unánimes reconocieron que para la consecucion del fin propuesto, ningun medio ofrecía tantas garantías como la institucion de una Cofradía que, además de promover la devocion del santo Rosario, atendiese á todas las necesidades de este pueblo naciente. Hermosa idea; pero ¿cómo realizarla? ¿Cómo reunir á un pueblo tan desparramado por estos dilatados campos? ¿Cómo persuadirles á unirse y hermanarse á los que vivían tan apartados entre sí y hasta recelosos los unos de los otros? *Hoc opus, hic labor.* Se discutió largamente, hiciéronse las reflexiones que el asunto requería, y, por fin, todos de acuerdo, como inspirados por el mismo espíritu divino, juzgaron era preciso dar unas misiones, para despertar de su letargo á este pueblo que vivía alejado de la religion, más bien por su ignorancia y natural rusticidad, que por su impiedad; para levantar sus corazones siempre vueltos hácia la tierra, como si ésta fuese su centro y pudiese llenar sus inmensos senos; para levantarlos, digo, del polvo en que estaban

sepultados, hácia el cielo que es nuestra venturosa pátria, hácia esa soberana region de la bienaventuranza eterna de los Santos, hácia Dios, en una palabra; pues solo Él puede hacer feliz al hombre, solo en Él, que es el Sumo Bien, puede hallar el corazon humano la plena y adecuada satisfaccion de sus deseos. Señor —le decía San Agustin á Dios— Señor, nos creásteis para Vos, y por esto es que nuestro corazon no halla reposo hasta que torne á Vos: *Fecisti nos, Domine, ad te, et ideo inquietum est cor nostrum donec quiescat in te* (1). ¡Oh, qué despreciable cosa es el hombre! exclamaban hasta los filósofos paganos, quienes destituidos como estaban de los divinos fulgores de la fé, no podían tener clara noticia de los bienes que por los méritos de la sangre de Jesu-Cristo nos están reservados en el cielo, y sin embargo conocieron que el hombre no había sido creado para la tierra, y así exclamaban: ¡Qué despreciable cosa es el hombre cuando en vez de desplegar las alas de su espíritu y volar á las serenas regiones etéreas, se arrastra sobre la tierra! *O quam contempta res est homo, nisi supra humana se erexerit* (2). Fué, pues, acertadísima la

(1) S. Augustinus, lib. I, c. I, confs.

(2) Seneca, Natural. qq. Præfat.

deliberacion de hacer predicar unas santas misiones á este pueblo para, con la consideracion de las grandes verdades del Evangelio, avivar su espíritu amortiguado, en fervorizar sus corazones más que lánguidos, muertos en el amor de Dios y de los bienes espirituales, que son infinitamente superiores á los bienes de este bajo y mísero mundo, excitando á la vez en ellos sentimientos verdaderamente cristianos, máxime los de un sincero y doloroso arrepentimiento, con la esperanza de alcanzar el perdon mediante la devocion á la que es la esperanza y el refugio del pecador, y muy en especial á su santo Rosario.

Fué en la estacion de Pórtici que me encontré un dia con un sacerdote que me pareció, al par que celoso, muy docto. Era éste un fervoroso Misionero, llamado de los SS. Corazones, que era una Congregacion instituida por el venerable siervo de Dios Enrique de Secondigliano, y manifestéle mis deseos de hacer venir acá algunos misioneros para que cultivasen este suelo agreste. El susodicho sacerdote era de la familia Genovese de Pagani, y hermano de Sor Filomena Genovese, terciaria de las Ordenes de San Francisco y Santo Domingo, que acabó felizmente su carrera dejando grande opinion de santidad: él me animó mucho, ofrecióseme para dar la Mision, y desde este feliz encuentro nos

unió mutuamente el nudo de la amistad más afectuosa y sincera. Andaba yo algo pensativo y discurriendo cómo realizar mi mayor y más ardiente deseo que, ignorante cual era entonces de los asuntos eclesiásticos, y por añadidura un seglar y forastero en este pueblo, desconocido del Obispo de Nola y del Eminentísimo de Nápoles, que era entonces D. Xisto Riario Sforza, y sin valimiento ni proteccion de parte de los Prelados de las vecinas diócesis, se me presentaba como un nudo gordiano, cuya solucion, para hacerse todavía más dificultosa, hubo de encontrarse además con la envidia de aquel maligno y terrible enemigo de todo lo bueno, *«que fué el primero en desobedecer á su Creador»*.

CAPÍTULO VI.

SUENA FINALMENTE LA HORA DE LA MISERICORDIA.

Estuve así por algun tiempo, pensativo y meditabundo, como he dicho antes, y sin saber á qué atenerme á fin de llevar á cabo mi plan y realizar mis más ardientes deseos, cuando en medio de mi incertidumbre y oscuridad, cual ténue rayo de luz que fugitiva se desprende á veces de entre negros nubarrones, se me ocurrió que